

Monólogo de un canalla

Monólogo de un canalla

JOSÉ ÁNGEL BARRUECO



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#monologodeuncanalla

Colección: Tombooktu Terror

www.terror.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: Monólogo de un canalla

Autor: © José Ángel Barrueco

Copyright de la presente edición © 2012 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN Papel: 978-84-9967-381-3

ISBN Digital: 978-84-9967-382-0

Depósito Legal: M-16919-2012

Fecha de publicación: Mayo 2012

Impreso en España

Imprime:

Maquetación: www.taskforsome.com

A mis verdaderos amigos:
ellos sabrán reconocerse.

Canalla:

1. Persona despreciable, malvada.
2. Gente baja y de condición ruin.

Lo horrible es que los
humanos hemos inventado la crueldad.
José Saramago

La seguridad del pecado, o del error,
que trae consigo un acto cualquiera,
es frecuentemente la única fuerza invencible
que nos impulsa, y nos mueve sola a ejecutarlo.
Tal tendencia obsesiva de hacer el mal por el mal mismo,
no admitirá análisis ni resolución alguna en ulteriores elementos.
Es un movimiento radical, primitivo, elemental.
Edgar Allan Poe

¿Qué sentimientos e inquietudes alberga el núcleo del alma de un hombre sometido al designio de sus propias razones cuando las leyes de la sociedad y la injusticia del pueblo desacatan y contradicen esos motivos y los adaptan a su conveniencia para humillar y someter a un distinguido, a un ciudadano a quien se le imputan una serie de horrores que su misma conciencia dicta como naturales y son ejecutados como actos lógicos? Muchos hombres de genio han respondido a esta pregunta con mayores causas y argumentos en su contra, y su condición y habilidad para la oratoria eran, como mínimo, superiores a las de este mártir de los tiempos que corren. Y es lo que me gustaría que pudieses oír, Verónica, si te encontrases dentro de mi cerebro y pudieses escuchar los latidos de mi pesadumbre, aunque desconozco si tengo esa respuesta, pero puedo ofrecer algunos hechos, en honor a aquellos años en los que consolidamos nuestro amor, un amor que jamás morirá aunque deba arrastrarte a la oscuridad de una tumba y hacértelo jurar ante los cielos. Sí, yo sufrí un desengaño que afirmaron me llevó a la locura, sumido en estados de excitación que tú, en los albores de nuestro vínculo, ya alegabas como fragmentos de una personalidad abrumada por el peso de su propio ego, como porciones náufragas de un puzle que era mi cerebro, y que, ni aun unidas para conformar el rompecabezas, aseguraste, podrían dar coherencia al caos que se encerraba bajo mi piel y mis huesos, bajo esa carne que acariciabas con el ansia del que se aferra a los despojos arrojados por la borrasca para obtener su salvación. Mas no pienses que te guardo rencores ni que me veo atacado en este lecho por los accesos que provoca la picadura mortal de la rabia, que no siento sino en los minutos en que tu figura,

despojada de atavíos, se me presenta entre los pliegues de las sábanas como el cenit de mis esfuerzos y sacrificios para contigo y quienes nos rodearon alguna vez. Ah, qué lejanos se me antojan esos espacios de tiempo, y no ha transcurrido ni una docena de días —o una docena de años, no lo sé con certeza— desde que me privaron de tu belleza, desde que una prole de gusanos furibundos declararon que era este mi papel, desde que cometí labores de justicia para enmendar —esto es imperdonable que lo rechaces— nuestra situación, abocada a la deriva en los últimos tiempos, por los caprichos y errores de tu vanidad, que siempre censuré, y a los que traté de poner un freno porque la hembra sin trabazones persiste en encumbrar su identidad hasta que el macho alcanza un estadio de humillación que le empareja con los esclavos, las bestias y los miserables. Así pues, esta filosofía de la vida, mi camino mental construido con tesón, es lo que siempre quise hacerte comprender, aun a riesgo de ganar el desprecio que, en ocasiones, manifestabas, incurriendo en desplantes, en huidas interiores que ni el dorso de mi mano derecha, tan recia, era capaz de enmendar. Jamás fui uno de esos engreídos a los que sus mujeres denunciaban en los programas basura, esos cerriles y mentecatos sin otro objetivo en su pobre existencia que jugar al boxeo con los lomos de sus parejas, y de esa forma asegurarse una parcela de celebridad ante las cámaras, culpables unas y otros: de desfachatez, de exhibicionismo barato y cuantas acusaciones quieran atribuírseles. Lo nuestro fue distinto, pese a tu empeño en situarme siempre, mediante gritos y un vocerío digno del dueño de un animal de carga, en esa categoría a la que, por derecho propio, nunca pertencí. Sí, lo nuestro era diferente de esa palabrería vana y exclusiva de un mercader de segunda fila que tragabas frente a un televisor, mientras la ira consumía mis nervios, en un estado de angustia que, estoy seguro, querías provocar, porque sabías que la incitación es el motor de la violencia, según se trate de una provocación sensual para obtener el furor del sexo de un hombre dispuesto a saciar sus deseos carnales, o una provocación que

suscite la cólera del más endeble o menos capaz de romper el límite de su paciencia. Controlabas ambos tipos de desafío, como si tú misma fueses la dueña de un teatro en el que decidías, sin consejeros, el género que anhelabas que se representase ante ti, y del cual formabas parte, no lo olvidemos, por el regocijo de ver colmada la sed de venganza que te había secado el corazón. Podría ahora resumir, con la brevedad que permita mi pensamiento ya extenuado, los instantes polémicos que fueron la semilla de nuestra decadencia, y asignar a cada uno de ellos el matiz que le corresponda, como sistema para garantizar que algunas cuestiones no se vinieron abajo por mi culpa, a pesar de tu terquedad en cada ocasión propicia para emitir opiniones contrarias a mis intereses, pero es que, Verónica, esos eventos están perjudicados por una bruma de pareceres y de puntos de vista que empañan la razón de quien los juzga, y permite que te recuerde que nunca fuiste un árbitro o un juez eficaz e imparcial, que es lo que requerían las circunstancias, y que mis dictámenes, por el contrario, eran los acertados, quizá debido a mi superioridad cultural sobre tu persona, y esto sin obviar ni empañar todos los méritos que me rindieron a tus pies. En definitiva, carecías de eso que llaman *sindéresis* y que es una capacidad para la que siempre estuve facultado, sin ánimo de colocar mi figura en un pedestal ni ponerme medallas. Sin más prolegómenos, se me ocurre ahora una anécdota que tal vez hayas olvidado, pero a la que asigné especial importancia en nuestro matrimonio. Ocurrió tan sólo hace un año, creo, pero ya pareció sentar las bases de tu actitud posterior, y por la cual estoy enfrascado en esta situación desagradable, y quizá sin este incidente no habría sospechado que tu comportamiento era más y más ruinoso y decepcionante con cada nuevo amanecer. Estábamos en una cafetería de moda, un poco arrepentidos y responsables de nuestras anteriores peleas y discusiones, y salimos a las calles con el alborozo de una pareja de adolescentes en pleno principio de noviazgo, para festejar con unas cervezas nuestra renuncia al tedio y a la batalla diaria que nos iba

consumiendo. Recuerdo que las mesas del local se encontraban atestadas de gente que no valía ni la mitad de uno de tus dedos, una multitud de ciudadanos que rondaba nuestra edad, y a quienes los grados de sus consumiciones alcohólicas los enfervorizaba, armando una vocinglera a la que mi estado de ánimo era ajeno, pues no había sido mi intención inicial visitar semejante garito, dada la tranquilidad que mis nervios —y los tuyos, no lo olvidemos— necesitaban, y mi cabeza sufría los estertores del entrechocar de copas y las risas que soltaban esos idiotas, pero procuraba fijarme en tu nuevo modelo y las curvas que este ensalzaba y concentrarme en esta imagen y en mi bebida. Quería un tipo de distracción en el que no hubiese estúpidos mosconeando a unos metros de mí, ya entiendes, los que siguen un patrón determinado: odio las actitudes típicas y ciertos costumbrismos. Estábamos sentados frente a frente, y procurabas sonreír mientras ambos fumábamos sin respiro, y en mitad de la conversación sentí ciertos retortijones en el estómago que me indicaron que debía acudir a la lectura de una pequeña carta en la que se detallaban las tapas, los bocadillos, las raciones, los vinos y los refrescos y sus correspondientes precios, para escoger algo apropiado pero no demasiado fuerte para aquellas horas, y mientras consultaba dicha lista que un camarero servicial me proporcionó, ensimismado en lo que a mi apetito podría antojársele, me sorprendió tu silencio y la falta de movimientos en los brazos, que ya anticipaba con el rabillo de mis agudos ojos y, con cierta suspicacia por tu distracción, alcé ambas pupilas sin levantar sospechas, para comprobar por mí mismo la causa del entretenimiento en el que te recreabas, cuál sería mi sorpresa al descubrir, entre el rebaño de cretinos que deambulaban por el local, a uno de esos efebos de anuncio que tanto gustan a las mujeres, que aparecen en publicaciones y postales con una melena moldeada por una borrachera de laca, quemada por los rizos, con una pose de bisexual que vende carnaza al mejor postor, la clase de persona que se presentaría a un concurso de Míster Paquete Torero, que

desayuna agua mineral sin gas y juega en la playa al voleibol para fardar ante las chicas jóvenes, que en los seriales aparece como el apuesto triunfador que la cartera de sus papás ha forjado, y que te guiñaba un párpado con tanta insolencia como su chulería le permitía. Y tú le estabas mirando. Dos estudiados actos me sirvieron para zanjar la situación tan incómoda, repugnante y vergonzosa, y el primero consistió en apagar el cigarrillo al mismo tiempo que le clavaba dos ojos marrones al mequetrefe como si fueran sendas balas de plata, y el titubeo al que respondió, largándose deprisa al rincón más alejado de la cafetería, fue el aviso que recibiste de que me había percatado del coqueteo; el segundo resultó de una sencillez apabullante, al llevar esa mirada al centro de tus ojos, con una frialdad ensayada ante el espejo, que solía amilanar a cretinos como el mencionado, pero, en aquella ocasión especial, la furia que emanaba de mis globos oculares te causó mayor terror que nunca. No pudiste sostenerlos ni un segundo sin que las manos comenzaran un temblor que fue adivinado por los clientes cercanos a nuestra mesa, ora agarrando el encendedor, ora rascando la etiqueta de tu botella, los largos dedos inquietos y mostrando su desasosiego, los anillos reflejando esporádicamente las luces del local como las ráfagas de un faro nos deslumbran con cada uno de sus giros. Creo que transcurrieron diez minutos en los que apenas llegué a rebajarme al parpadeo, siendo esa la duración de tu castigo, porque yo era indiferente a las súplicas de que te hablara o mudase el análisis helado y propio de asesino con el que te retaba, diez minutos en los que me regocijé en tu sufrimiento, que tuvo su culminación en un llanto silencioso, lágrimas de miedo que colocaron tu conciencia al borde del desmayo. Hay un gozo secreto en humillar públicamente a una mujer, más si ella te ama; es un sentimiento cercano al de cualquier persona que se regodea en un vicio, y lo necesita y suspira por su consumación. Cuando consideré que había sido suficiente –pero nunca es bastante–, bebí el último trago y solté alguna frase con voz ronca del estilo a «No vuelvas a hacerlo» para que supieses,

aunque supongo que entonces lo adivinabas, que esas serían mis únicas palabras hasta que el nuevo día irrumpiese en nuestras vidas. Era como una prolongación del castigo, porque no podía ceder a la piedad. Al levantarme para pagar, reparé en que varios individuos te miraban con un asomo de compasión y curiosidad, que disimularon con prontitud en cuanto disparé las pupilas a sus caras hastiadas y fofas, tuve que contener mi furia, por el cielo que lo hice, no imaginarías hasta qué punto y de qué manera tan crispada traté de reprimir cuatro impulsos para no doblegar sus cabezas y estrujarlas allí mismo, contra la madera sobre la que se amontonaban sus bebidas, no soñarías jamás, por mucho que creas conocerme, las ansias reprimidas de violencia genuina que me apretaron las sienes, como si un enemigo estrangulara mi cabeza y no pudiese defenderme por estar maniatado con cadenas. Pero los eslabones, esta vez, eran tus anteriores ruegos, y por ti, sólo por ti, no trituré a esos infelices que empañaban con sus escrutinios tu silueta de carnes apretadas bajo el vestido. Quién sabe si debido a la velada tan corta e insatisfactoria, o por mis ansias de compensarte la reprimenda muda o, mejor, por compensar mi decepción, fue por lo que te hice el amor como una bestia cruel, sin compasión, con arañazos y mordiscos mutuos –pero sin brindar a tus oídos ni una sílaba–, mientras suplicabas que no volviese a degradarte en público, y cierto es que tus llantos finales, mezclados con el fragor y la locura del orgasmo, no supe si provenían de estos placeres o de la frialdad con la que me entregué al fornicio, igual que un evadido de prisión que violara el cadáver de una joven, sí, sí, porque nunca, has de creerme, fui un hombre malvado o a quien el sadismo divirtiera como método para obtener placer y regocijo, pero debo admitir que poseo una facultad que me convierte en ser supremo y dueño del don de la fuerza, y es que mi frialdad es refinada hasta un punto tan álgido que llego a sorprenderme en cada ocasión en que la manifiesto. Pero no era crueldad, no se trató de esa cualidad que te obcecabas en asignarme, sino la resistencia que ha de sufrir un hombre

cuando es sometido a duras pruebas para su espíritu, forzado a elegir entre la tranquilidad de ánimo o el deseo de colocar la realidad en su preciso lugar, y elegía, pero a través de la manifestación de una personalidad en apariencia imperturbable que utilizaba la cabeza para sus mazazos de justicia, y eso, eso era lo que me distinguía, y aún lo hace, del resto de memos que utilizan la violencia como escudo de sus imperfecciones, y a los que la pasión y las entrañas los vuelven criaturas que pierden el control de sus impulsos. También debo reconocer, sin ánimo de contradecirme y colocar mis opiniones a la luz que ofrece la verdad de las paradojas, porque en este caso no se trata de nada de lo anterior sino de alguna excepción que, en lugar de ridiculizarme, me otorga la razón, que hubo veces en las que actué en contra de esa lógica que me había marcado, precipitándome al desahogo de los arrebatos como sistema para arreglar y cubrir esas desconchaduras que se estaban abriendo en la pared que formaba el decorado de mi vida. Y una situación se dio, sin duda, el mismo día de conocernos, hace ya diez años, cuando una amiga común, Concha, una pequeña guarra a la que hace tiempo no vemos y que me había tirado en las posturas más raras que habíamos leído en un viejo manual del *Kamasutra* que mostraba a todos sus amantes, y a la que me entregaba con el ardor de un viejo verde al que le es indiferente cepillarse a una muñeca de goma o masturbarse con un guante para dar la impresión a su miembro de una mano ajena, fue ella, no lo olvidaré, y no por el sexo regalado –pues ningún amor ni devoción le debía y tampoco era de lo mejor que había encontrado encima de una cama– la que nos presentó en una cena en la que festejábamos cualquier idiotez: esos convites absurdos en los que varios amigos y nuevos compañeros tratan de eliminar los resquicios de su aburrimiento. La tal Concha, propietaria de unos senos hollados por la agresividad de mis labios, pese a sus buenas intenciones de crear amistades a causa de su fingida alcahuetería y de regalarse una fama impostada de hermana de la caridad, tuvo como secreta intención, esto

jamás llegué a dudarle, crear un trío o un *ménage à trois*, o un cuarteto, en el que los principales invitados y consumidores de carnes y pescados varios seríamos nosotros tres —idea en absoluto descartable en mi cabeza— y, esta es la parte que me repugnaba por no resultar de mi agrado ese género de cochinas y perversiones, un julandrón con el pelo teñido de violeta al que, valga la expresión, me estaba dando por el culo —no en persona, es un suponer, Dios me libre, que para dar por la retaguardia ya estaba yo— que todas las tías de la mesa miraseis como si, delante, se encontrara el mismísimo Ulises en su regreso odiseico, pero a quien su mitología se le rebajaba al extremo de carecer de músculos y llevar un lunar pintado —un hombre con un lunar postizo, el cielo me asista— junto a los labios, igual que si se creyese una modelo de altos vuelos, jódete y baila con el amigo, pensaba ofuscado mientras lo veía representar su papel. La locaza del lunarcito me estaba poniendo de verdad enfermo, y no es que tuviera nada contra los de su especie, me molestaba que acaparase todas las atenciones con su cháchara de cotilla avejentada y dispuesta a ilustrarnos sobre las virtudes de ir a la moda que marcaban las revistas que probablemente leería, y estas sandeces eran las que me sacaban de quicio, unidas al hecho de que no conseguía entablar conversación con ninguna de las cuatro chicas que a la mesa os sentabais. Acaso el aburrimiento que creaba a su alrededor dicho engendro fue uno de los motivos por los que luego hice lo que hice, que el tedio transforma los nervios, y que es el caso especial que ocupa ahora mi atención, que provino —el origen del caso, claro— de uno de los comensales, un títere de colmillos afilados, como un lobo que había venido a la caza de la hembra solitaria, y que se llamaba, no lo olvidaré, Juan Luis Codillo, alias depredador y subnormal, doctorado en la universidad de los robanovias. Ese engreído, que te conoció por vez primera dicha noche, en las presentaciones previas a la cena, lo que nos convertía al principio en iguales a tus ojos, mantuvo la insensata manía de acosarte durante el resto de la juerga, y ni siquiera pudo reprimirse cuando nosotros dos

conseguimos emprender una charla en vista de la oportunidad que se presentaba de atraernos mutuamente, metiendo la pezuña —y la polla, si hubiera podido— entre nuestros diálogos, y todo se iba volviendo confuso en mi mente, porque no distinguía si quería arriesgarme a la conquista de tus encantos o, por el contrario, olvidar las preocupaciones y quebraderos de cabeza de una seducción y cepillarme a la fulanilla de Concha, que siempre se mostraba servicial a mis apetitos con un simple pellizco en el culo. Pero un sexto sentido me dijo que, si abandonaba la lucha, perdería la oportunidad para siempre, y pensé que quién coño de imbécil era el que se iba a interponer entre mis deseos —que se forjaban a la vez que el amor, supongo— y los logros cercanos, tan próximos como unos centímetros, y el tipo susurró algo del estilo a que sería tu futuro novio, y te reíste pero sin muchas ganas, eso me consta, y el guaperas, concluí, va a caer en cuanto se me antoje. Sin prisas, pero va a ocurrir esta noche. Frente a mí tenía sentada a la piba horrorosa del grupo, olvidado su nombre un instante después de la presentación, y no se trató de un descuido, de un olvido involuntario o una jugarreta de la cabeza, sino que, tras la visión de un rostro desagradable, tiendo a relegar la información asociada al mismo al cuarto trastero de la memoria, esto es, que a mi ego le importa un huevo cualquier componente relacionado con una mujer no agraciada, con lo que no puedo evocar ninguno de sus rasgos aunque deambulen por un rincón de mi cerebro. Sin embargo, de los hombres a los que odio o que un día fueron buenos amigos, sí tengo conocimiento, aunque sea imperfecto. Y ahí estaban, para demostrarlo, Paco Moreno que, ya lo sabes, se convirtió en uno de mis mejores colegas y confidentes a partir de esa noche señalada con tinta de oro en el calendario de efemérides que marcan el inicio de nuestra relación, y a quien me presentó Fermín, gracias al cual pude ir a la cena de marras, porque solíamos hacer todo juntos, antes de que se casara, el jodido Fermín, y se largara a vivir a Londres, donde el energúmeno se olvida de coger el teléfono

y pegarnos un timbrazo, o de redactar una simple carta, claro que me trae sin cuidado, en el fondo, pues suelo pensar que, si le da por agarrar el aparato y marcar el número, será para invitarnos a visitar su casa, y tú sabes qué manía les tengo a los extranjeros, especialmente a los ingleses: me repatean sus finas costumbres y sus coñas marineras. La conversación con Paco Moreno solía carecer de elementos de interés, lo acepto, por su capricho de querer ligarse a todas las tipas del mundo, con independencia de si estaban buenas o eran unos adefesios, y no sólo eso, sino que estaba emperrado en decirles bastardadas, a troche y moche, no hablaba de otro tema, y a veces tuvimos nuestros más y nuestros menos, porque si un servidor no intentaba meterle mano a degüello a la primera ramera que se nos cruzara me acusaba de maricón y gallina, y no es que a mí no me gusten las mujeres, bien lo sabéis tú y otras cuantas zorras, pues si algo me ha entusiasmado de esta vida han sido las chicas, pero el idiota estaba empeñado en faltarlas al respeto, y un par de veces me tocó agarrarle por la pechera para dejar mi postura clara y, de paso, solucionarle la suya. Pero a lo que iba: olvidando a la dichosa fea –hubiera sido distinto si la llamásemos fea dichosa, pues al menos tendría alguna virtud que agradecerle a Dios–, caí en la mala suerte de soportar como compañera de mesa a Concha, situada a mi derecha, pero yo estaba en el extremo de la misma, con lo cual a mi izquierda no había nadie, a excepción de un vacío total, que, quieras o no, en ocasiones es el mejor compadre del que puede disponerse. Los demás comensales estaban alternados entre sí, de la habitual y ya cansina disposición del chico-chica-chico, y entre Julia y la guarra e incansable fornicadora que nos presentó se sentaba Juan Luis Codillo, impresentable Rey del Baboseo Lenguaraz en la oreja de las muchachas hermosas, y pude notar, con mi radar de idiotas, que su adulación –estabais frente a frente– llegaba a provocarme la náusea absoluta, un vacío en el fondo del estómago al que recompensaba volcando a grandes tragos el líquido oscuro y pastoso al que llaman vino tinto, y que es la única clase de

alcohol que acierto a ingerir degustándolo, pero el término antes citado no significa, en modo alguno, que me estuviera sentando bien el trasiego desenfrenado de copas sino, al revés, se estaba fraguando, junto a la náusea, un odio visceral que me llevaría a pararle los pies al infausto retrasado que suspiraba por tus bragas. Al lado de la fea, además, tenía que soportar la indecente cháchara del hombre de los cabellos violeta, al que, si la memoria no falla, llamabais Pichuchi o Cuchi, o algo así. El Cuchi se entretenía en alternar su oratoria de cotillona aburrida con el intento —y posterior consecución— de embaular toda la comida que en la mesa se alineaba, pero también dedicando sus atenciones a ti, que, colocada a su izquierda, debías compaginar el rollo interminable que salía de sus labios con los capotes que Codillo te lanzaba, como un torero desesperado por triunfar en una faena que quizá sabe que sea imposible de lograr y, a pesar de su probable fracaso, persiste, por preferir la derrota a la rendición, que le despojaría del preciado honor. El resto de invitados eran Moreno y Fermín, y la sabrosa chica llamada Julia, a la que conocería con mayor exactitud y detalle en adelante, y de la que nos ocuparemos a su debido tiempo. Si las cuentas no fallan en la calculadora de mi cabeza, éramos un total de nueve personas que se emborracharon a lo largo de la noche. Durante la cena supe que soportaría, sin largarme, lo que faltaba del festejo porque me había dejado huella tu forma de besar en la mejilla en las presentaciones, y el matiz de unos ojos que parecían prometer un reino de lujuria bañada con un futuro prometedor, así que resistí los inconvenientes, superé mis traumas con respecto al sopor que me producían tales citas con un grupo en el que la mitad eran personas desconocidas y consumí la bebida que pude porque, una voz interior me lo decía, tu zalamero amigo nuevo iba a sufrir lo suyo en cuanto dispusiere de una oportunidad. Vaya que sí. Tras los postres —y yo imaginaba, puede que un día te lo confesara, o puede que callase, que el helado que lamía con delicadeza era tu vagina soñada y, hasta entonces, es obvio, jamás vista, rociada de fluidos y

estremecida por los vaivenes de mi apéndice bucal, y creo que llegué a situar a Concha, y seguramente también a Cuchi o Pachulichí, en un estado fronterizo a lo que se conoce por excitación sexual—, levantamos los manteles y perdimos las energías en los bares de moda que os gustaba frecuentar, y pude iniciar una conversación contigo, siempre interrumpida por Juan Luis, ese paleta, al que procuraba tantear si iba a acompañarte o a devorar tu cuello en un rincón de la discoteca, y no logró ninguna de las dos hazañas, contradiciendo mis alcoholizadas sospechas y mis temores, lo cual no fue estorbo para que yo hiciera lo que debía, unas horas después. Aproveché uno de esos momentos dedicados a solicitar en la barra otra cantidad de veneno que ingerir, para contarle a Moreno y a Fermín, en tono irónico, que su nuevo y magistral colega Codillo, profesor de los cursillos de pedantería impartidos por correo, era un hallazgo por mi parte tan alegre y varonil que ya estaba dudando si dejar que encabalgara mi grupa como un fiero domador o, por el contrario, escribirle una nota de amor y pasión, aunque nada de su apostura pareciese denotar que le fueran los vínculos íntimos entre hombres. La reacción de mis amigos fue la que esperaba, esto es, soltar una carcajada pero reparar, con mi ironía, en que el galán de moda de la noche me tenía al borde de la cólera, por decir algo fino. Recomendaron prudencia y paciencia, que es la clase de rimas y tonterías que me dicen cuantos ven acercarse un arrebató a mi boca con consecuencias nefastas, incluida tú misma, y les aseguré que me olvidaría del tema, mas no lo hice y, después, ni tu aguda psicología detectivesca ni la extrañeza de Moreno y Fermín lograron descubrir, y no hablemos siquiera de sospechar, mi culpabilidad en el asunto.